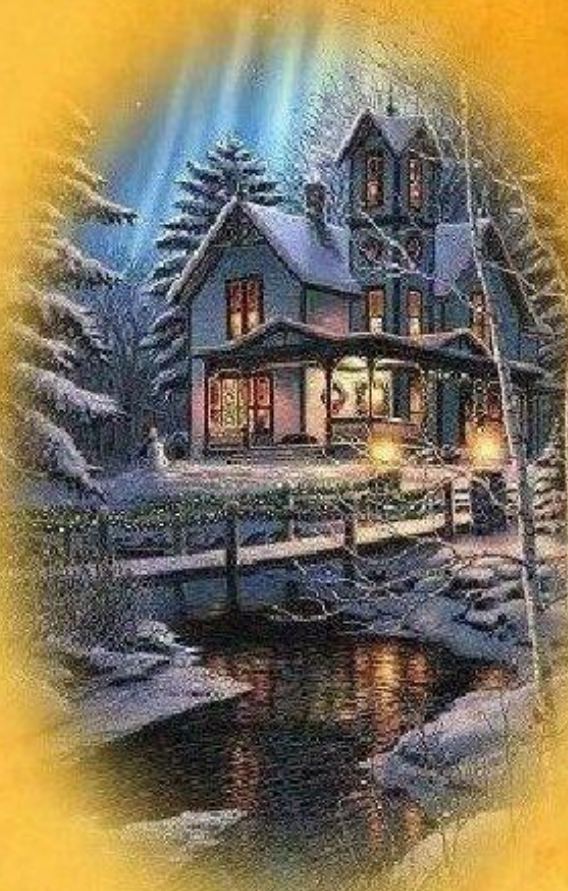


María José León



Su primera Navidad



CAPITULO I

*H*acía ya un par de semanas que había llegado diciembre, pero la temperatura era extrañamente cálida para aquella época del año. Un grupo de jovencitos entre doce y trece años se habían reunido después de las clases, en el parque que había junto al colegio, habían ocupado un par de bancos y observaban en silencio como los transeúntes pasaban por delante de ellos.

- ¿Es qué a nadie se le ocurre algo divertido que podamos hacer?.- exclamó uno de ellos.- Yo ya estoy harto de contar cuantas señoras han salido a pasear a su perro, o cuantos chicos corren con aspecto de haber perdido el autobús.

- ¡Pues como no propongas tu alguna otra cosa!.- le contestó uno de sus compañeros.- Lo que es a mí, no se me ocurre nada. Por lo menos si éste fuera un invierno normal... ahora podríamos estar haciendo una batalla de nieve, pero a estas alturas y con tanto calor...

Volvieron a guardar silencio, como si ya se hubiera dicho todo lo que había que decirse y continuaron con su labor contable. En esa ocasión le tocó el turno a los coches que pasaban por la calzada; llevaban buena cuenta de aquellos que parecían más limpios y elegantes y se fijaban en el aspecto de sus ocupantes, intentando imaginar de donde venían y hacia donde se dirigían.

- ¡Esto es insoportable!.- exclamó Fran.- ¿No creéis que resultaría más productivo que nos fuéramos a casa? Allí por lo menos podríamos ver un rato la tele.

- Claro.- le contestó Marcos.- o correr el riesgo de que tu madre te recuerde que tienes que ordenar la habitación o terminar de hacer los deberes.

- ¡Mejor eso que morir de aburrimiento!.- añadió Fran.

El otro chico le miró como si se hubiera vuelto loco. ¿Cómo no iba a ser mejor aquello que ir a casa a hacer los deberes?

Juan, otro de aquellos jóvenes, observaba la escena pensando que si seguían hablando de ese tema terminaría produciéndose una terrible disputa, así que decidió intervenir y cambiar el rumbo de aquella conversación.

- ¿Alguno de vosotros va a salir este año de vacaciones?.- preguntó el chico.

- *Yo no.- respondió Fran.- Nosotros no salimos nunca en estas fechas, ya lo sabes.*

- *Nosotros sí que saldremos.- dijo Marcos.- mi padre está empeñado en aprovechar este buen tiempo y ha decidido que hagamos un crucero, para finalmente celebrar el fin de año en una playa de "no sé dónde".*

- *¿Y, como se le ha ocurrido eso?.- continuó diciendo Fran.- Es Navidad, tiempo de hacer otras cosas, no de ir a la playa, para eso ya está el verano!*

- *Lo sé.- contestó el chico.- Pero él parece no darse cuenta.*

Muy cerca de donde estaban los jóvenes se había sentado un hombre de aspecto sereno y agradable que no había podido evitar escuchar aquella conversación.

- *¿Y por qué no se lo dices tú?.- dijo de pronto.*

Marcos le miró unos instantes. El hombre ni siquiera les miraba, parecía estar ensimismado en sus asuntos, así que el chico pensó que tal vez aquello había sido producto de su imaginación.

- *Estoy seguro.- continuó diciendo Marcos.- que si nevara todo sería diferente. Sería como las Navidades de siempre y podría quedarme en casa, pero... me temo que ya no hay esperanza.*

El hombre continuaba allí, ocupado en alimentar a un grupo de palomas que se habían situado a su lado.

- *¿Por qué tenéis tanto interés en que nieve?.- volvió a decir.*

Los chicos le miraron.

- *¿Está hablando con nosotros?.- pregunto Fran.*

- *¿Con quién si no?.- respondió él.- ¿Veis a alguien más por aquí?*

Los chicos miraron a su alrededor, aquel hombre y ellos eran los únicos que permanecían en el parque.

- *Bueno.- comenzó a decir el desconocido.- Contestad, ¿por qué queréis que nieve?*

- *Porque es divertido.- contesto Fran.*

- *¿Divertido?.- pregunto el hombre, asombrado.*

- *Sí, divertido.- insistió Fran.- Con ella se puede fabricar enormes muñecos, hacer proyectiles hasta que se te congelan las manos, y después utilizarlos para lanzárselos a tu adversario en la batalla, puedes deslizarte sobre ella con un trineo... ¡tantas cosas!*

- *Muy interesante.- contestó el hombre.- pero... ¿y si no nieva? ¿Va a ser eso motivo de que no disfrutéis de la Navidad?*

- Si no nieva nada será lo mismo.- le dijo Marcos.- Se acabó el tomar una taza de chocolate caliente para entrar en calor y que nuestras madres preparen dulces en el horno para caldear la casa.

El hombre lanzó una sonora carcajada.

- La Navidad no se trata de eso. ¿Sabéis?.- dijo.- Por eso no entiendo que estéis tan preocupados porque este año parezca que no va a nevar. La Navidad no depende de si hace frío o calor, la Navidad ni siquiera es una época del año, la Navidad es un estado del corazón.

Los chicos le miraron atónitos. ¿De donde habría salido un personaje tan peculiar?

- Sé que ahora no entendéis lo que os digo, pero con el tiempo lo haréis. La Navidad es tiempo de Esperanza y si vosotros la mantenéis, aunque solo sea por ese deseo vuestro de que vuelva a nevar, empezareis a vivir una Navidad verdadera.

Después de pronunciar aquellas palabras el desconocido se levantó y se fue, dejando a los chicos con la sensación de que aquello había sido parte de un sueño.

- ¿Qué ha sido esto?.- pregunto Marcos.

- Supongo que nada.- respondió Fran.- Un pobre hombre que nada tiene que hacer.

Juan se levantó del sitio que había estado ocupando hasta esos instantes para tomar el que hasta unos momentos antes había ocupado el desconocido.

- ¡Vaya nos ha dejado un recuerdo!.- exclamó el chico, alzando una hoja de amarillento papel.- "El taller de José".- leyó.- Se arreglan todo tipo de muebles viejos, juguetes rotos, libros antiguos, y algún que otro corazón decepcionado.

- ¡Qué hombre más extraño!.- dijo Marcos.- ¿Será él, ese tal José?

- Podría ser.- añadió Juan.- Pero, desde luego es un tipo muy raro, afortunadamente se marchó pronto.

- ¿No pone nada más en esa propaganda?.- preguntó Fran.

- Una dirección.- contestó Juan a la vez que le alargaba el papel.

Fran leyó la dirección. El lugar que indicaba estaba cerca de su casa, junto al kiosco de prensa. Había pasado por allí en multitud de ocasiones y nunca se había fijado en él, cosa que le extrañó, pero decidió callar al respecto, parecía que aquella tarde comenzaba a llenarse de hechos extraordinarios. Dobló el papel con cuidado y se lo devolvió a su amigo.

- Quédatelo si quieres.- le dijo.- Yo no lo quiero para nada y no creo que él regrese a por él, es un papel sin valor alguno.

Fran se encogió de hombros y se lo metió en el bolsillo de su chaqueta.





CAPITULO III:

*A*quel era el primer día de vacaciones, y Fran se sentía más aburrido de lo que jamás se había sentido en su vida. Todos sus amigos habían salido fuera de la ciudad, así que se había pasado la mayor parte de la mañana viendo reposiciones televisivas de viejos programas infantiles.

- ¡Esto es absurdo!.- se dijo.- Tengo que encontrar algo en que ocuparme. Yo ya no tengo edad para estas cosas. Dejó a sus hermanos mirando absortos el televisor y subió a su habitación.

Hacía mucho tiempo que su dormitorio no se veía tan limpio y ordenado. Su madre le había dicho que tenía que colocarlo antes de que le dieran las vacaciones porque sino tendría que hacerlo durante esos días, y por primera vez había obedecido sin que tuvieran que repetírselo dos veces.

- ¡Más me vale mantenerlo así!.- pensó.- porque si no tendré que comenzar la tarea de nuevo, y sería muy triste pasar las vacaciones ordenando y desordenando mi habitación.

Fran miró unos instantes por la ventana, la calle estaba desierta, como si todo el mundo se hubiera trasladado a la otra punta del planeta, después se echó sobre la cama, con la mirada puesta en el techo, e intentó imaginar lo que estarían haciendo sus amigos en esos momentos.

- ¡Fran!.- oyó que le llamaba una voz.

El chico se incorporó y escuchó en silencio, intentando percibir algún movimiento en el exterior de su habitación.

- Está todo tranquilo.- dijo a media voz.- Creo que he debido dormirme y he soñado que alguien me llamaba.

El chico volvió a tumbarse, dispuesto a seguir soñando.

- ¡Fran!.- repitió la misma voz. ¡Baja un momento, por favor!

Esta vez el chico tuvo la certeza de que no se trataba de un sueño, su madre le llamaba desde el salón.

- Hoy olvidé comprar el periódico.- le dijo.- Ya sabes que a tu padre le gusta hojearlo antes de la cena, por favor, ve a comprarlo antes de que sea demasiado tarde.

- Por fin algo que me saque de casa.- se dijo.

Y subió los peldaños de la escalera de dos en dos, deseoso de realizar la tarea que acababan de asignarle.

Fran salió a la calle feliz. Quizás se encontrara con alguno de sus compañeros del colegio, con algún vecino que le diera conversación durante unos minutos, o tal vez con algún desconocido que sintiéndose perdido le preguntara por alguna calle de su pequeña ciudad, pero nada de eso ocurrió.

El chico metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y continuó su camino.

- ¡Vaya!.- se dijo.- Parece que aquí tengo algo.

Sus dedos habían tocado un papel de tacto duro, pero a la vez suave. Lo sacó con cuidado y lo leyó.

- Ahora recuerdo.- se dijo.- El anuncio de esa tienda, junto al kiosco. Quizás aproveche para echar un vistazo. No tardaré mucho, está justo al lado.

Compró el periódico tal y como le había indicado su madre y después se dirigió al lugar que indicaba el folleto.

El escaparate no era muy grande y tampoco estaba iluminado con llamativas luces de neón; nadie se había molestado en colgar ningún cartel que atrajera la atención sobre él; se trataba más bien de una modesta tienda, de tamaño reducido, en la que se acumulaban aquí y allá objetos de la mayor variedad.

El chico empujó la puerta con cuidado y una campanilla dejó escuchar su voz, inmediatamente después un hombre apareció junto al mostrador.

- ¡Buenas tardes!.- saludó.

- ¡Buenas tardes!.- contestó Fran, reconociendo en aquel hombre al desconocido del parque.

- ¿Te conozco, verdad?.- le preguntó.

- Sí señor.- respondió Fran.

- Estabas el otro día en el parque con tus amigos.- continuó diciendo el hombre.

- Es cierto.- dijo el jovencito.- Usted estaba sentado a nuestro lado y al marcharse se olvidó esto.- añadió el chico a la vez que le mostraba la propaganda que aún conservaba en el bolsillo.

- ¿Has sido muy amable al venir.- le dijo el extraño.- ¿A caso necesitas reparar alguna cosa o comprar un regalo?

- No señor.- contestó Fran.- Sólo quería comprobar dónde estaba este lugar. Vivo muy cerca de aquí y nunca había visto esta tienda.

- Bueno.- comenzó a decir el hombre.- Muchas veces lo más evidente es lo que nos pasa más desapercibido.

El chico le miró preguntándose que querría decir con eso.

- Solemos ir por la vida sin fijarnos en lo que ocurre a nuestro alrededor.- continuó diciendo el hombre. Pero bueno, ya que has dado con mi tienda, ¿te gustaría ver todo lo que tengo? Podrías encontrar algo para tu madre o quizás para alguno de tus amigos.

Fran comenzó a pasear por la tienda. Allí había multitud de estanterías repletas de figurillas de Belén, de muñecas de porcelana de caras pálidas, soldados de plomo pintados con vivos colores, tambores de hojalata, panderetas, viejos libros de cuentos y cajas de música, en las que una pequeña bailarina danzaba al son de la melodía.

En la zona más oculta de la tienda encontró un buen número de sillas sin asiento, en proceso de reparación; unas cuantas lámparas desarmadas; un viejo sofá, al que le faltaba un brazo; el cabecero de una cama rota y un bonito mueble repleto de bolas de cristal, de esas que al agitarse producen una gran nevada sobre un hermoso paisaje o algún navideño personaje.

Al llegar a esta zona del local Fran se detuvo a observar aquellos adornos, brillaban como si una luz interior los iluminara, pero entre todos aquellos pedazos de cristal, uno en especial llamó poderosamente su atención. En el interior de aquella bola había una pequeña casita, muy parecida a la suya, con un jardín y tres pequeños construyendo un muñeco de nieve.

- ¿Te gusta, Fran?.- le preguntó el hombre.

El chico se volvió al oír pronunciar su nombre y miró a aquel hombre en silencio. ¿Cómo podía saber cómo se llamaba?

El desconocido volvió a dejar que su risa llenara el ambiente, como lo había hecho aquella tarde en el parque.

- Debí haberme presentado.- dijo.- perdóname, mi nombre es José. Oí como alguien te llamaba Fran. ¿Te llamas así, verdad?

- En efecto.- contesto el chico.- Todos me llaman así.

- Bien.- continuó diciendo el hombre.- Ya no somos un par de desconocidos. Sabes cuál es mi nombre y donde puedes encontrarme, y yo ahora sé que no me había equivocado cuando pensé que volveríamos a vernos. Así que permíteme que te demuestre mi amistad regalándote esta bola de cristal. Creo que ha sido esta la que más te ha gustado. ¿No es cierto?

Fran le miró asombrado. ¿Cómo podía estar ocurriéndole algo así a él? Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y José continuó hablando.

- Ahora ya es hora de que vuelvas a casa. Seguro que tu madre se está empezando a sentir preocupada, pero si quieres mañana puedes volver, yo estaré aquí y me encantará charlar de nuevo contigo. Recuerda una cosa, esta noche, antes de irte a la cama, agita esta bola de cristal, obsérvala mientras lo haces y pídele a Dios que te permita vivir unas Navidades Blancas. El te escuchará y hará que tu corazón se llene de ilusión, de la misma ilusión de cuando eras pequeño.

Fran cogió el paquete que le había preparado José y volvió a su casa, donde no contó nada de lo que le había pasado aquella tarde.





CAPITULO III

Cuando Fran se levantó aquella mañana se sentía especialmente alegre. Había hecho lo que le había dicho José y tuvo la sensación de haberse trasladado al interior de aquella bola de cristal.

Los niños se habían levantado tarde, así que él ocupó aquellas primeras horas del día en ayudar a su madre a preparar los adornos navideños.

Habían sacado las figuras del Belén descubriendo con desagrado que algunas de ellas se habían roto.

- ¡Vaya!- dijo la madre.- ¡Qué desgracia! ¿Qué hacemos ahora?

El Ángel de la Anunciación había perdido un ala, la mula se había quedado sin orejas, a un buen número de ovejas les faltaban las patas, San José cojeaba y lo peor de todo, el Niño Jesús había desaparecido.

- No podemos poner el Belén en estas condiciones.- continuó diciendo la mujer.- pero si no lo hacemos los niños se pondrán muy tristes.

Se quedaron ambos un buen rato observado aquel desastre, intentando encontrar una solución.

- Yo conozco a alguien que quizás pudiera ayudarnos.- dijo entonces Fran.- se llama José, tiene una tienda en la que vende un poco de todo y además es capaz de reparar cualquier cosa.

- ¿No estarás hablando del Taller de José?.- preguntó ella.- Hace unos días el P. Andrés me habló de él.- continuó diciendo sin esperar respuesta.- Está haciendo una gran labor arreglando juguetes para los niños necesitados de la Parroquia y ha restaurado los bancos de la Iglesia. El Padre dice que es un buen hombre y que además trabaja muy bien. Cuando se levanten Ana y Rubén iremos a verle.

Fran comenzó a preparar un paquete con todas las figuras que necesitaban reparación y, antes de lo que hubiera imaginado se dirigieron a visitar a su nuevo amigo. En esa

oportunidad el trayecto le pareció interminable, probablemente porque sus hermanos, mucho más pequeños que él, caminaban muy despacio.

Al llegar a la tienda la campanilla que había sobre la puerta anunció de nuevo su presencia, y José, sonriente, les dio la bienvenida con un efusivo saludo.

- ¡Buenos días!.- respondió Beatriz, la madre de los niños.- Nos gustaría saber si puede ayudarnos.

Fran depositó el paquete sobre la mesa y el hombre lo desenvolvió con cuidado.

- ¡Qué pena!.- dijo.- Es un Belén muy bonito, es una lástima que esté en tan malas condiciones. ¿Y el resto de figuras ¿están tan estropeadas como éstas?

- ¡No!.- contestó Beatriz.- Las demás no han sufrido ningún percance, a excepción del niño Jesús, que no sabemos dónde puede estar.

- ¿Están seguros?.- preguntó.- Ya saben ustedes bien que sin Él no hay Belén, y mi labor de reparación no tendría ningún sentido.

- Estoy segura.- dijo ella.- Lo he buscado por toda la casa y no he podido hallarlo.

José se fue durante unos segundos.

- Bueno.- dijo al regresar.- Tengan Éste mientras aparece el suyo.

- ¿Entonces, reparará nuestro Belén?.- preguntó Fran.

- La verdad es que estoy muy ocupado.- comenzó a decir.- durante estos días tengo muchas cosas que hacer y no tengo a nadie que me ayude. Si un chico inteligente y bien dispuesto como tú pudiera echarme una mano... Sería todo diferente, entonces si estaría todo preparado para el día de Nochebuena.

El hombre miró a Fran unos instantes y después continuó hablando.

- Al principio serían tareas muy sencillas, pero seguro que en unos días ya podría arreglar solo cualquiera de los objetos que tengo en la tienda.

- ¿Qué te parece eso?.- le preguntó Beatriz a su hijo.- Podrías aprender un montón de cosas.

- Estaría bien.- dijo Fran.- pero... es que me comprometí con nuestra vecina en ir cada mañana a hacerle los recados y cuidado de Ana y Rubén mientras tú haces la comida.

- No tendrías que estar durante aquí todo el día.- le dijo José.- podrías venir por la tarde.

- Está bien.- dijo el chico.- Intentaré ayudarlo.

- Entonces comenzaremos hoy mismo. Busca algo de ropa vieja y un calzado cómodo y ya estará todo dispuesto.





CAPITULO IV

*A*quella primera tarde en la que Fran estuvo en el taller de José, éste le explicó muchas cosas útiles, el tratamiento que tenía que darle a los diferentes objetos, dependiendo del material en que estuvieran fabricados y las herramientas que tenía que utilizar, pero además le dijo algo que le impresionó mucho.

- Cuando estés restaurando cualquier cosa, piensa en la persona que podría recibirlo y pídele a Dios que cuide siempre de ella, al recibir el objeto que tu habrás restaurado ella se sentirá muy feliz, y entonces tu trabajo quedará recompensado.

- ¿Cómo?.- preguntó el chico.

- Ella también rezara por ti. Le pedirá a Dios que te cuide y que te libre de todo mal, para que hagas a otras personas tan felices como la hiciste a ella. Dios seguro escuchará sus oraciones y hará realidad tus ilusiones y esperanzas.

En ese momento Fran se ocupaba de una sucia muñeca a la que le faltaban los ojos. La lavó con cuidado, peinó su rubio cabello y le colocó unos ojitos de cristal azul, finalmente le puso un bonito vestido blanco que había confeccionado María, la esposa de José, y unas alas doradas. Esa vieja y sucia muñeca quedó transformada en un precioso ángel.

- ¿En qué pensabas cuando hacías eso?.- le preguntó el hombre.

- Pensaba que seguro que alguien le regalará esta muñeca a un niña y en la ilusión que sentirá cuando abra el paquete. Desde ese momento ella cuidará de su muñeca para que nada pueda estropearla, igual que mi madre cuida de mis hermanos y de mi. Entonces le pedí a Dios que cuidara de nuestra madre como ella cuida de nosotros, y también pedí por esa niña, para que le diera alegría y salud, y algún día ella pudiera regalarle esta muñeca a su hija.

- Muy bien Fran.- le dijo José.- ya veo que has comprendido la mejor forma de hacer las cosas, sabía que podía esperar mucho de ti, y no me has decepcionado.

El joven sonrió contento. No podía imaginarse que su trabajo tuviera un resultado tan espectacular y deseo que José pronto le encargara otra labor.

- ¿Qué hago ahora?.- le preguntó.

- ¡Ahora!.- comenzó a decir José.- puedes arreglar vuestro ángel, así cada vez que lo veas recordarás esta Navidad y todas las cosas buenas que has hecho durante estas vacaciones.

El chico miró la figura preocupado, aquella tarea era más difícil que lavar una vieja muñeca y ponerle unos ojos nuevos, aquel ángel había perdido un ala y fabricar una nueva no sería sencillo.

- No te preocupes.- le dijo José.- Yo te diré lo que tienes que hacer, ya verás cómo no es tan difícil como crees.

El hombre le mostró que material era el más adecuado y como tenía que utilizarlo. José tenía la facultad de hacer pensar que todo era posible.

- Confía en tus habilidades.- le dijo.- Dios te las ha regalado para que las utilices. Si deseas que esa figura vuelva a verse como nueva, lo lograrás.

El joven observó durante unos minutos aquella figura del Belén, José miraba al chico sonriente.

- ¿A qué esperas?.- le preguntó el hombre.

Fran cogió la figurilla y se puso manos a la obra.

- ¿Qué le parece?.- le preguntó Fran a José cuando la hubo terminado.

El hombre cogió la figura con cuidado, la observó durante unos instantes y luego le preguntó al chico:

- ¿Qué te parece a ti?

- No sé.- dijo.- La veo diferente.

- Es cierto.- añadió José.- Se la ve diferente, pero te aseguro que jamás lució más hermosa que ahora.





CAPITULO V

*L*a tarde, víspera de Nochebuena, Fran fue, como cada tarde, a la tienda de su amigo. Todo estaba tranquilo, no quedaban ya objetos que reparar y todo estaba en su lugar oportuno.

José estaba barriendo aquella parte de la tienda que habían estado utilizando de taller.

- ¡Vaya!.- exclamó al verle.- Hoy no esperaba verte por aquí, quedan apenas unas horas para Nochebuena y pensé que tendrías muchas cosas de las que ocuparte.

- En casa no hay nada que hacer.- le contestó Fran.- y pensé que aquí podría ayudar en algo.

- Aquí está todo terminado, pero me alegra que hayas venido, así conocerás a María, que se ha empeñado en no dejarme solo esta tarde, a pesar de lo avanzado de su embarazo, debe estar a punto de llegar.

Efectivamente la esposa de José, apareció enseguida, se trataba de una joven de rostro dulce y expresivo, cabello castaño y modales amables y sencillos.

- Tú debes ser Fran.- le dijo al chico.- José me ha hablado mucho de ti. Me dijo que le habías ayudado mucho. Se siente muy orgulloso de ti, ¿sabes? Dice que eres un chico de gran corazón y además muy espabilado.

El chico sintió como se sonrojaba.

- Es cierto.- añadió José.- Tu ayuda me ha resultado inestimable.

Fran no sabía que decir, había disfrutado tanto durante aquellos días que no se había dado cuenta de lo importante que había resultado su labor.

- Por cierto.- añadió José.- ¿Has continuado haciendo cada noche lo que te dije?

- Sí.- contestó Fran.- Cada noche agité la bola de cristal y observaba como la ciudad, poco a poco, se cubría de nieve. Entonces sentía como si yo viviera en esa

casa y pudiera ver desde la ventana como las calles aparecían cubiertas con un magnífico manto blanco.

- No debes perder la esperanza de tener unas Navidades blancas.- dijo entonces María.- Para Dios nada es imposible.-

- Lo sé.- contesto el chico.- Pero...

- ¿Qué te ocurre?.- le preguntó José.

- Bueno.- comenzó a decir Fran.- Es que ya no me importa tanto si nieva o no. He pensado mucho en lo que aquella tarde dijiste en el parque. La Navidad no depende de si hace frío o calor, ni siquiera de la época de año, la Navidad es un estado del corazón. Cuando comenzaron las vacaciones yo me sentía un poco decepcionado, mis amigos se habían iban ido fuera, mi padre estaba demasiado ocupado con su trabajo, mis hermanos me iban a dar constantemente la lata y yo me iba a sentir muy aburrido. Pero de repente todo eso cambio, encontré la propaganda de esta tienda en el bolsillo de mi chaqueta, y venir cada tarde aquí me transformó. No me importaba tener que obedecer a mis padres, entretener a los niños mientras mi madre se ocupaba de las tareas de casa y hacer los recados de mi vecina. Todo eso, que en cualquier otro tiempo, me hubiera hecho sentir desgraciado, este año me hizo feliz. Creo que ésta está siendo mi mejor Navidad.

María y José se miraron sonrientes.

- Muy bien.- dijo José.- Estoy seguro de que el niño Jesús se siente muy feliz. Has comprendido que sin El no hay Navidad, y has hecho todo lo posible para que tu corazón sea un lugar cálido y agradable donde el pequeño Niño Dios pueda nacer, donde pueda encontrar un hogar en el que sentirse feliz y protegido.

- Creo que lo he intentado.- contesto Fran.

- El sabe que lo has intentado y que seguirás intentándolo siempre ¿No es cierto?

- Claro.- dijo el chico.

- Bien, querido muchacho.- siguió diciendo José.- No olvides pensar en Jesús siempre, en hablar con El cada noche, El te escuchará siempre y disipará tus tristezas y temores.

- Creo que ya es hora de que nos marchemos.- dijo María.- El niño está a punto de llegar.

José abrazo al chico, después también lo hizo María, besándole la frente con ternura. Fran sintió como el bebé que llevaba María en su seno se movía, entonces la mujer tomó la mano del chico y la puso sobre su vientre.

- Mira.- dijo.- Mi hijo te desea también una feliz Navidad.

Después la pareja acompañó al chico a su casa y allí terminaron de despedirse.

Fran se sintió triste unos instantes, sentía que ya nunca más volvería a ver ni a José ni a su familia.

- ¿Volveremos a vernos?.- preguntó.

- Por supuesto.- dijo José.- Observa esa vieja bola de cristal, allí siempre nos podrás encontrar.





CAPITULO VI

*A*quella noche, después de cenar, Fran y su familia fueron a la Misa del Gallo, los pequeños se quedaron dormidos, pero el escuchó atentamente cada una de las palabras que se pronunciaron en aquella celebración.

Al salir de la Iglesia sintieron una ráfaga de aire frío.

- Vaya!.- exclamó Beatriz.- El frío ha llegado sin avisar. El hombre del tiempo anunció unas Navidades calurosas, pues parece que se ha equivocado.

Fran sonrió.

- Tal vez alguien le haya pedido a Dios unas Navidades Blancas.- dijo.- Y para Dios nada es imposible, por mucho que diga el hombre del tiempo que va a hacer un calor insoportable.

Beatriz abrazó a su hija, a la que llevaba en brazos, mientras su esposo hacía lo mismo con el pequeño Rubén.

- ¡Seguro que es eso!.- dijo el padre de los niños. ¿Te imaginas que pudieras lanzarte mañana con tu trineo, sobre la nieve?

Fran miró a su padre sonriente.

- No estaría mal.- contestó el chico.- Pero hay cosas más importantes que hacer.

El hombre miró extrañado a su hijo. ¿Qué podía ser más importante para un chico de su edad que divertirse con la nieve y disfrutar de sus vacaciones?

- ¿Es que tienes algún plan para mañana?.- le preguntó su padre.

- Sí.- dijo Fran.- Durante estos días les enseñé a Ana y a Rubén un montón de villancicos, y los nietos de nuestra vecina se unieron a nosotros. Vamos a recorrer el barrio cantando, llamaremos a las puertas y les recordaremos a todo el mundo que el Niño Dios acaba de nacer. Si quieres tú también puedes venir.

- Bueno, ya veremos.- dijo el padre.

Al llegar a casa llevaron a la pequeños a la cama, después Fran y su padre se sentaron en el salón mientras Beatriz recogía la mesa de la cena.

- Será mejor que nos acostemos pronto.- dijo el hombre.- Seguro que mañana los niños se levantarán pronto y nos despertaran a todos.

Fran se acercó a la ventana del salón, en ese momento comprobó como una bonita estrella iluminaba el cielo y a continuación creyó reconocer a José y María caminando por la calle. La joven madre se detenía de vez en cuando y José intentaba ayudarla lo mejor que podía.

Beatriz llamó desde la cocina a su hijo para que le ayudara, el chico apartó unos segundos la mirada de la calle y cuando volvió a mirar, la pareja ya había desaparecido.

- Seguro que ya habrán llegado donde se dirigían.- pensó Fran.

El chico ayudó a su madre en la cocina, y después subió a su habitación.

La bola de cristal estaba donde él la había dejado, la tomó con cuidado y la agitó como hacía cada noche antes de acostarse.

- Querido Dios.- susurró.- Cuida siempre de José, María y su hijo. Ya no importa si nieva o no. Gracias por estos días.

Después Fran se fue a la cama y se quedó profundamente dormido.





CAPITULO VII

Cuando Fran se levantó la mañana de Navidad notó como el frío le daba la bienvenida a un nuevo día, se calzó sus viejas zapatillas de felpa y se asomó a la ventana.

El espectáculo que pudo observar en el exterior resultaba extraordinario. Una hermosa alfombra blanca cubría toda la ciudad. Había nevado tanto durante la noche que nada había quedado por ocultar. Se cambió con rapidez, después bajo al armario donde su madre guardaba la ropa de abrigo y se puso un grueso jersey de lana, un gorro del mismo material y unos antiguos guantes de su padre.

Fran recuperó el viejo trineo, que se guardaba en el garaje, y con él se fue a la parte de atrás del jardín, justo a la zona que formaba la pendiente más pronunciada y por ello la más apropiada para lanzarse con un trineo.

Se subió sobre aquel vehículo de madera y se dejó deslizar por la pendiente. La velocidad llenaba su corazón de emoción, el viento helado golpeaba su cara, pero el frío poco importaba, observaba como todo lo que había a su alrededor se desplazaba ante sus ojos sin que tuviera apenas tiempo para reconocerlo.

Al final de la pendiente un árbol interrumpió su camino, pero desvió a tiempo el trineo para no chocarse contra él. Ese primer recorrido había sido solo una prueba, una especie de reconocimiento del terreno, en la siguiente ocasión todo sería diferente, podría bajar aún a mayor velocidad y evitar cualquier obstáculo que le saliera en su camino.

Fran reía a la vez que se deslizaba por la nieve y pensaba que Dios le había hecho el mejor regalo aquella Navidad.

Se lanzó diez o doce veces por la pendiente hasta que finalmente agotado y tiritando de frío entró de nuevo en la casa. Todos seguían dormidos así que subió de nuevo a su habitación sin hacer ruido, cambió sus ropas mojadas por otras secas y se preparó para despertar a todo el mundo.

La familia al completo desayunó junto al calor del hogar. Beatriz preparó chocolate caliente y horneó unas deliciosas galletas, mientras su esposo y sus hijos salían, como

Fran había dicho la noche anterior, a recordarles a todos sus vecinos que el Niño Jesús acababa de nacer.

Aquel fue un día maravilloso para todos. Al llegar la noche, cuando Fran se iba a dormir, recordó unos instantes a sus nuevos amigos y se preguntó si ya habría nacido su hijo.

Fue en busca de la bola de cristal que le había regalado José, la tomó entre sus manos y... ante su sorpresa descubrió que el paisaje que había en su interior había desaparecido. San José, la Virgen María y el Niño Jesús ocupaban ahora su lugar.

Fran no pensó ni por un momento que la transformación de su bola de cristal fuera algo extraño.

- Dios todo lo puede.- pensó, y después se acostó, deseoso de que llegara el nuevo día para contarle a su amigo lo que acaba de ocurrirle.

A la mañana siguiente Fran fue a la tienda de José, dispuesto a relatarle lo que había ocurrido con su bola de cristal, pero no había nadie. La puerta estaba abierta, los cristales del escaparate rotos y el interior de aquel lugar estaba lleno de polvo, como si hiciera años que nadie hubiera entrado en él.

El chico recordó que esa tienda se veía perfectamente desde el kiosco de prensa, así que fue a preguntarle a la señora que vendía los periódicos si sabía algo de sus amigos.

- ¡Debes estar confundido!.- le dijo.- Esa tienda la cerraron cuando yo apenas era una niña y desde entonces nadie ha sentido interés por ella, pero... si viera a ese hombre o a su esposa les diré que les estás buscando.

- No gracias, no se moleste.- contestó Fran.- Creo que ya sé donde están. Tiene usted razón estaba confundido.

Cuando el chico llegó a su casa subió directamente a su habitación, cogió la bola de cristal que le había regalado José y mirando en su interior dijo:

- Estabais aquí. No os había entendido cuando dijisteis que siempre os podría encontrar en esta bola de cristal, pero ahora lo he comprendido todo. Eras tú, José, aquel desconocido que encontré en el parque y me enseñó tantas cosas, y tú María la que me besó en la frente y me llenó esa tarde de esperanza y tú Jesús, el pequeño que se movió en el vientre de su madre cuando me acerqué a ella. He tenido la suerte de conoceros y me habéis hecho vivir por primera vez una Navidad de verdad. Muchas gracias.

Fran bajó al salón. Su familia estaba allí reunida, escuchando villancicos y tomando ponche caliente. El chico se unió a ellos y les habló de lo importante que estaba siendo para él esa Navidad.



Fin.